

Juan Carlos Reyes

Muestra escritura 2026

Residencia Universidad de Iowa

Cuentos / Narrativa corta

Idioma original

Manos

Inédito / 2024

Entró con un pájaro no más grande que el puño de un bebé en el hocico, tal vez se había caído de un nido, y ella lo había tomado de entre las piedras que estaban al pie de un muro cubierto de altos bambús. El pájaro estaba ya bastante lastimado; no masticado o sangrante, pero con un ala rota y una pata casi desecha. Lo intenté ayudar, ni siquiera sabía cómo, pero quisiera recordar que lo intenté ayudar. Cuando se lo saqué del hocico no reparó, abrió las fauces y me dejó meter los dedos casi completos. Lo vi en mi mano, en la palma de mi mano. De inmediato pensé en que no tenía remedio. No sé cómo lo llegué a ese juicio, y ahora me lo pregunto. Decidí matarlo, no con un objeto, sino con mis manos. Mi más profunda naturaleza me dijo que aplastarlo con el pie, o tal vez con una piedra no era razonable. Quise entonces romperle el cuello, como había visto que lo hacían con gallinas, y parecía lo más fácil, pero sólo porque nunca lo había hecho. Al girarle por completo la cabeza sosteniendo con firmeza el cuerpo en una mano, el animal parecía seguir vivo, no puedo saber si era así, entonces fue que el miedo y el dolor me hizo arrancarle la cabeza de un jalón. Todavía se movieron ambas partes por unos segundos. Con su diminuta cabeza en una mano y el resto de su cuerpo en la otra, lloré con la perra junto viéndome intrigada por mi dolor. Lo tiré a la basura, y jamás volví a ser el mismo.

Un gesto menor

Inédito / 2025

Nunca he tenido un ataque epiléptico. No tengo epilepsia, así que no tendría por qué haberlo experimentado. De ser así, se hubiera descubierto que tenía la enfermedad, y se me hubiera diagnosticado, no sé con qué, pero con algo que hiciera algo para ese algo que nadie entiende muy bien. Es el primer “episodio”, o “ataque” que se viene a la mente al pensar con qué comparar la sensación inicial. Dicen que los epilépticos, sienten muy pocos segundos una “sensación” peculiar, tan así posible llamarla, que nada pueden hacer ante ella, y muchos, después del episodio, la olvidan. Yo no la olvido, si me esfuerzo, puedo casi reproducirla. Aunque casi nunca lo hago, más que cuando quiero sentirme mal, cuando no encuentro otra salida que prepararme para la caída. No es que busque la sensación de manera gratuita, cuando todo parece estar mal, sino cuando las cosas comienzan a cambiar, cuando algo se precipita sobre mi inconsciente e inicia a devorarlo. Es una falta de oxígeno, no de aire. Puedes respirar profundo, y eso sólo ayuda porque te obliga a concentrarte en otra cosa, pero tu cuerpo tiene la necia necesidad de decirte que no estás respirando, que te has convertido en un enorme y flácido pez fuera del agua al que las branquias por supuesto no le funcionan fuera del agua. Ese es el gesto menor. Después viene la oscuridad, el temor profundo a todo, a lo que sea, a lo que aparece como una trinchera inamovible. A veces aparece la palabra “tranquilo”. Si estás solo, es mucho menos recurrente. Si estás acompañado, resuena en una caverna infinita en la que el eco se reproduce y únicamente logra hacerte cerrar los ojos con la intención de que el mundo desaparezca. Pero en esa oscuridad de los párpados cerrados, nada aparece. No hay imágenes, no hay visiones, no hay colores brillantes como los que pueden acompañar a un dolor. No es un dolor, es una advertencia. En mi caso, es una advertencia y recordatorio a la vez. Y agradezco no tener un arma en la mano. Tu temperatura baja, o al menos eso sientes. Es como enfrentarse a un

helado viento que no te mueve ni empuja, pero te congela completo. Nada te acompaña. Una ansiedad sobre una respuesta nunca recibida, una desaparición sin explicaciones, una pérdida inaceptable para toda respuesta es absurda. Las piernas tiemblan y flaquean, y lo racional sería sentarse, pero uno prefiere sentirse caer, esperando por supuesto estrellarse contra un sólido suelo de concreto. Al menos eso tendría sentido, porque todo lo pierde por minutos, por horas, por días, por semanas, a veces para toda la vida. Y una vez que te has percatado de que el tiempo pasa y tu cráneo no se estrella contra el pavimento, sino que todo va perdiendo sentido y un pensamiento único te obsesiona hasta desterrar a cualquier instinto racional que quede en ti, sabes que nunca te recuperarás, que hay pérdidas por las que nunca volverás a ser el mismo, que jamás volverás a estar entero. Que el dolor, la tristeza y esa apresurada respiración te han robado todo lo que considerabas valioso. Un día, despiertas y recuerdas el agua escurriendo por tu cuerpo. Otro día, pruebas el sabor del metal. Hasta microsegundos antes del final, tus tímpanos revientan. Los más, ves tu lenta caída, y finalmente, tu cabeza se deshace en una banqueta, pero nadie se entera. Si hubiera alguien al otro lado de la acera, vería tu vida esparcida por el concreto. Vería a alguien a quien el mundo le he dado la advertencia de renunciar pero que está impulsado a seguir en él, sin pertenecer a él, pero incapaz de abandonarse.

La posibilidad del aire

Inédito / 2025

Rodear un campo de minas. Vista lejana con duda en los pies y ojos. Es verdad que te ahorrarás varios dígitos en el porcentaje de explotar en pedazos. Pero ¿qué se pierde con el rodeo? En primer lugar, la vanidad de no cambiar de ruta por peligrosa que se presente. Porque sí, en efecto puedes salir volando en pedazos hacia el aire que ya te espera, pero también puedes pisar una mina, y al escuchar el primer clic nunca más volverte a mover, esperar que la mina se canse de

esperar, hasta que lidiar con tu peso sea absurdo, y decida dejarte ir. Otra posibilidad, que sea una mina desactivada, pero que la pisaste sin miedo, porque ibas avanzando tan aprisa que una explosión bajo tus pies lo único que lograría sería impulsarte aún más. Por supuesto, existe la opción también, mucho menos probable, de pasar corriendo cual dardo entre las minas y nunca ni siquiera pisar una. No por cuidadoso, sino por descuidado, por tu capacidad de correr sobre un campo minado con una sonrisa porque alguien, algo, te está esperando al otro lado. Alguien, algo, por quien bien valdría la pena el riesgo de terminar esparcido por el aire en pedazos. De cualquier manera, si al llegar, aquello que pensabas te esperaba no estuviera, mejor hubiera sido reventar como un globo al que la presión lo supera y deja por unos segundos una visión de su sempiterna figura que desaparece tan rápido como el sonido de su explosión se disipa por el aire.

Antes de tripa

Inédito / 2025

“Ya te puedes ir a jugar” – le dijo bromeando a la perra después de ponerle dos gotas en cada ojo. Como dicen los papás después de que terminas algún encargo, o la tarea de la escuela, como cuando se te levanta un castigo y al fin te es devuelta tu libertad de hacer nada. La perra se quedó inmóvil viéndolo con los ojos todavía húmedos. Se talló uno de los párpados con la pata haciendo un sonido cercano a la molestia y se fue caminando hacia una esquina en la que se echó en un tapete rojo con bolas negras. Comenzó a chuparse una pata, se la mordisqueó levemente y recargó con suavidad la cabeza en el tapete mirando hacia el ventanal del jardín. C corrió hacia el refrigerador para guardar la medicina. La perra tenía una pequeña infección que con unos días de esas gotas desaparecería. Antes de Choya, la perra salchicha con una infección leve en los ojos y que estaría bien en unos días con tan sólo aplicarle dos gotas en cada ojo tres veces al día, la familia tuvo a Tripa, otra perra salchicha. Tripa era negra con las patas cafés, Choya es color canela. C

siempre había puesto mucha más atención que los demás a los animales de su casa, simplemente le gustaba su compañía y, al pasar mucho tiempo solo, les hablaba con una constancia casi divertida. Tripa salió corriendo de la casa un día que alguien abrió la puerta y una motocicleta la atropelló. Por fortuna, Tripa murió de inmediato ya que una llanta de la moto le pasó por la cabeza. C lloró, y no cesó de hacerlo todos los días hasta que consiguieron adoptar a otra perra salchicha, a la que ahora decidió llamar Choya.

C nunca ha visto a Choya hacer un hoyo en el jardín, por lo que está seguro de que no sabe cómo hacerlo. Por supuesto no se pregunta si alguien se lo debía haber enseñado, o si todo *Canis lupus familiaris*, como su diccionario ilustrado decía, debería tener ese conocimiento en su más profunda naturaleza. El pensamiento de C se detiene en que la perra no sabe hacerlo, porque no la ha visto hacerlo, así que decide que él se lo enseñará.

Para un niño de la edad de C, no es nada extraño salir al jardín a cubrirse de tierra manos y cara al rascar un agujero en el pasto con una perra salchicha a su lado mirando atentamente, y saltando a su alrededor con una notable emoción. No sabría decir si es extraño o una simple coincidencia que Choya comience inmediatamente a cavar su propio hoyo.

La madre de C llegará más tarde a la casa, y se quejará de que la perra está ahora haciendo agujeros en el jardín. Ella puede ver al menos dos, y le preguntará a C si está enterado de aquello que ella llama destrozo de Choya. C estará viendo caricaturas y comiendo una salchicha. Negará conocimiento alguno de los agujeros, y le dará la mitad de su salchicha a Choya. O tal vez Choya se la arrebate toda de la mano. Habrá que esperar a que su madre llegue para saberlo.

Tortuga

Inédito / 2025

Tuve una tortuga. Tuve varias. Nunca más de 2 juntas, siempre en pares. Siempre moría una primero, y después la otra, de tristeza tal vez. La mercería cercana a casa vendía unas cajas de regalo del tamaño exacto para servir como escuetos ataúdes para todas mis tortugas. A ninguna le faltó funeral. Ninguna tuvo la pena de atender a las exequias de su momentánea compañera sin que faltara una caja que enterrar. Algunas forradas de papel lustre negro. Alguna caja fue enterrada vacía, porque su necesaria habitante había simplemente desaparecido del tortuguero. Un horrendo círculo de plástico verde con un montículo del que sobresalía una palmera. El jardín de esa casa era tan pequeño que, al enterrar a alguna de ellas, desenterré a otra. Pero la volvía a enterrar, y pensaba que era mejor, así partirían acompañadas. Por aquellos días, vi una película en la que alguien “decía unas palabras” ante un féretro a punto de ser sepultado. Me sorprendió pensar que yo nunca había dicho nada para despedir a mis tortugas. Como si hubiera enterrado ballenas blancas, aprendí que lo más hermoso, siempre es inexplicable.

Nada habitable

Inédito / 2025

El polvo de las pequeñas piedras blancas al fondo del espacio le recuerda por qué tenía tanto tiempo que no comía en ese lugar de la casa. El aire, la lluvia, una pisada ,mueven un poco las piedras, tal vez ellas se muevan solas cuando nadie las ve. Si se tocan unas a otras, apenas y se rozan, un minúsculo contacto que con el tiempo las desgasta, que con el suficiente tiempo, las dejaría brillantes y pulidas: como todo contacto entre dos existencias. Con mínimos encuentros, ambas pierden algo, con muchos, se pulen, o se desgastan por completo y desaparecen. Estas, crean un finísimo polvo blanquecino que, casi imperceptiblemente, viaja hasta su filete de

pescado y se postra sobre él. El bocado en la boca se le pega en el paladar, siente el polvo en la lengua y las encías. Deja la comida, da un trago a un vaso de vidrio alto. El primer sorbo sirve para enjuagar un poco la boca y lo escupe sobre las tablas de la terraza, el segundo la enjuaga. Se levanta de la mesa y camina hacia su estudio. En el fondo, un cuadro azul que su excuñado pintara y le regalara. Un cuadro abstracto que él considera el último recuerdo de su matrimonio, aunque se lo regalaran a los pocos años de casado. Todavía recuerda cuando decidieron colgarlo en su estudio por el enorme formato. Aún no nacía su segundo hijo cuando F llegó con el cuadro a casa un día de su cumpleaños. Después del divorcio podía haberlo vendido por una buena suma, pero decidió quedárselo. Su exesposa nunca lo reclamó, estaba ocupada en otros asuntos no menores. La luz de la tarde entra al estudio con precisión estudiada. Entre las cortinas que dejan pasar un brillo opaco y un tragaluz alejado del centro del lugar, ninguna luz natural da directamente sobre su escritorio ni sobre su cuadro. Uno de los enormes libreros recibe un poco de sol directamente, pero se dio cuenta a tiempo, y ahí dejó un espacio vacío sin libros. Si se ve el espacio vacío en el librero, pareciera que está esperando ser llenado. Pero ese espacio estará siempre vacío. Tal vez lleno de la inmaculada presencia de lo que fue ahí. De lo que ese espacio contuvo en algún momento, en algún espacio dentro de ese espacio. Hace tiempo tuvo una escultura de un primitivo león tallado en madera, pero ahora está sobre una mesa de su cuarto.

Ya que no lo comparte con nadie, ha llevado ahí casi todas las cosas que significan algo para él.

Vuelve sobre las líneas comenzadas. Amplio papel bond lleno ya de una idea general de la casa. Dibujos y bocetos más pequeños de detalles. Un muro en el que las líneas de la madera de la cimbra dejarán un rayado específico. Una ventana desde la que se ve un jardín interior. Una viga en el techo que cruza una puerta. Cada cuarto es distinto, no hay modulación sino ensamblaje. Piezas distintas que se unen en su peculiar identidad. Traza líneas nuevas y se

levantan nuevos muros, dobles alturas, se borran escaleras de un rayón, un ventanal crece con una doble línea, quita columnas y espera un segundo a que no se desbarate la casa bajo su grueso trazo de grafito. La casa entera se va elevando sobre el papel. Pero se cuele la familia que la espera. Incomoda. Pone muebles en donde iría vacío, dispone de los espacios como si fueran suyos, desmonta la casa, cambia el uso de sus territorios. Diminutas personas se cuelean por líneas curvas puertas. Desea que nadie entre, que la casa pudiera vivir por sí sola. Que nadie desdibuje, que nunca se habite, que nada la perturbe. Quería que el proyecto entero se encerrara sobre sí mismo, sin dejar rastro, quería que absolutamente nada subsistiera de él, que no saliera más que el vacío, la blancura límpida de la nada, la perfección gratuita de la inutilidad. Una casa que no sirve más que para eso, para que nada quede de quien la ha imaginado, pero tampoco sirviera nunca para lo que se le ha destinado. Que la vacuidad de los espacios permanezca, que lo inútil triunfe.

Lo que queda

De Impala. 2021

¿De verdad quieres que vaya a ese lugar? Ese lugar común de la pérdida, de no hallarse, o de sólo hallarse en la pérdida. Qué juego de palabras tan fácil, siempre pensé que lo diría mejor. Sonaba mejor en mi cabeza. En fin, esa fórmula de no estar en casa en ningún lugar. No, no me molesta. Sólo hago la pregunta porque es el lugar más común cuando alguien se encuentra a un chileno. Todos te preguntan lo mismo, o todos me han preguntado lo mismo. A mí, que ni chileno soy. Así, como lo oyes: todo mundo me pregunta lo mismo y a todos les digo lo mismo: yo ya no soy un chileno. Lo fui durante un año de mi vida. Ya no lo soy, tal vez nunca lo fui. Y aún así te estoy contando lo que quieres oír, estoy diciendo lo que sé que quieres oír, a pesar de todo. Y te voy a decir que Chile y mi memoria son lugares en el mapa de lo perdido, en el mapa

de la Latinoamérica de las dictaduras, de ese mapa que nos recuerda que somos el cono abajo del Ecuador. Y ves, ahora te voy a contar lo de mi padre, y Carlos, y Raymundo. Y cuando termine de hablar estaré incómodo, incierto, y pensaré que la vida era más justa, y pensaré que la vida fue más justa, o que al menos fue más justa con otros. Y la vida no es justa con nadie. Porque si de justicia se tratara la vida, le llamaríamos a las cosas por su nombre. Tengo ambos pasaportes, pero no tengo ambos países. Yo salí de Chile muy chico, pero muy muy chico. A veces pienso que me gustaría volverme y recuperar tal vez lo que fue, no mi vida, sino la vida de mis padres. Pero mis padres no están dispuestos a retroceder, porque piensan que es volver a la dictadura, a malas memorias, al dolor, a la pérdida. Y yo lo respeto. Dos de los hermanos de mi padre, Carlos y Raymundo, murieron durante la dictadura. Más grandes, no mucho, pero más grandes que él. A Carlos le dieron un tiro en la cabeza. No ejecutado. Y mis padres lo dicen como si fuera una licencia que le hubieran dado a Carlos. Y fue peor, creo yo, porque le dieron un tiro en la calle. En una manifestación el ejército no disparó más de tres o cuatro tiros, advertencias. Una de esas advertencias resultó mortal para Carlos. Le entró el tiro por la base de la nuca y le salió por la frente casi, un poco más abajo, cerca del ojo. Lo sé porque esto lo cuenta mi padre como quien cuenta la anécdota de un niño pequeño, como quien cuenta de cuando un niño metió la mano en las velas de un pastel y se quemó, y aprendió que el fuego era fuego. Y todos ríen. Y el niño que está ahí ahora, y que ya tiene unos 18 o 20 años sabe que ahí aprendió lo que era el fuego. Pero Carlos no aprendió lo que era una bala, Carlos no aprendió lo que era la muerte. Mi padre nunca lo aprendió, nunca lo ha logrado. Le duele demasiado la muerte. De Raymundo no queda nada. Bueno, mi padre dice a veces que pudo haber hecho su vida, y que está escondido, y que ya no quiso saber nada de nosotros. Pero yo no lo creo así. Yo soy más cínico, o más realista si quieres verlo así. Yo creo que de Raymundo quedan, a lo mucho, unos huesos, un zapato en el desierto

de Atacama. Enterrados. Eso es todo lo que queda de Raymundo. Yo sé que alguien me vendrá con el asunto de que quedan las memorias, de que el recuerdo siempre estará ahí. ¿Dónde es ahí? No, a mí no me vengan con cuentos. No. No queda nada, de Raymundo no queda nada. Hay algunas fotografías, pero una fotografía no es un recuerdo, una fotografía no es memoria. Una fotografía es un robo a la memoria, un asalto al olvido. Es el propio abandono que nos pega de frente en la boca. Que nos da un golpe fortísimo diciéndonos esto no existe. Existió sí, pero ya no existe. Es decir, olvídate de pensarlo como algo que tiene un referente físico, lo tuvo, pero ya no lo tiene. Una fotografía, para mí, de Raymundo o de Carlos, de mis abuelos, es una fotografía de la muerte. Con mi padre nunca hablo de esto. Siempre terminamos mal, siempre gritando. Y después, él acaba completamente embriagado y llorando. Y yo me molesto y me voy de casa, y vuelvo a mi apartamento y ahí, lloro. Y sé que todo lo que he dicho es mentira, que vuelvo a las fotos, que a veces vuelvo a las fotos. Porque sí, son olvido, son robos brutales a la memoria, pero es lo que queda. Y si no somos lo que queda, ¿qué somos?

Todos los venados

De Impala. 2021

*Así oscuro absoluto brillante vacío ensordecedor.
Sin queja sin remordimiento.
Rogelio Saunders*

No hay estuche. Si la definición no corresponde con el objeto, ¿es inexistente? Existe, sí, pero no bajo ese nombre. Es entonces en el mundo, pero no en el lenguaje. ¿Y si el lenguaje es el único mundo posible de existencia? Está el estuche: es. Peor aún, por no corresponder con la definición: no es un estuche, es más bien una muy grande bolsa de piel con cierre: definición sobre concepto.

Todo comienza porque el rifle para el que está confeccionada la bolsa de piel con cierre, no corresponde con el arma en su interior. La diferencia entre un rifle de asalto, y uno de cacería es amplia. El de la bolsa es para cazar venados estrictamente. ¿Dice su nombre todas sus posibilidades de uso? ¿Podría usarse para cazar a otro animal? ¿Para otra cosa que no fuera cazar? Tal vez, al usar un rifle para cazar venados, cualquier cosa que se haga con él adopta el concepto, la definición de uso: cazar venados. ¿Cualquier cosa a la que se le dispara con ese rifle es entonces un venado?

En la bolsa de piel hay un rifle calibre 270 para cazar venados. Mossberg, modelo 4x4 de cerrojo: cañón porteado acanalado de 24" con freno de boca: giro del rayado 1 vuelta en 10": pavonado en mate: gatillo de sistema ajustable. Dentro de la bolsa de piel está el rifle, y fuera de ella está un cajón muy largo en donde cabe holgadamente. No es sino obvio preguntarse ahora si todo objeto, aunque no tenga adentro, tiene afuera. La bolsa los tiene: afuera y adentro.

El cajón, con la bolsa de piel, con un rifle calibre 270 para cazar venados, es de un altísimo ropero. El ropero es lo menos importante del cajón. El cajón es lo importante del ropero. En el ropero hay vestidos que nadie usa desde hace más de diez años. Alguien los ha cubierto con bolsas de plástico negras: bolsas de basura. Nos enfrentamos al mismo dilema respecto al rifle para cazar venados. El ropero está cerrado con llave y no podemos saber si las bolsas de plástico negro siguen ahí, mucho menos los vestidos dentro de ellas. Tampoco podemos saber si el espejo ovalado en una de las puertas sigue inmune al tiempo y a la oscuridad.

El cuarto parece dividido en dos de manera horizontal. Hasta no más de un metro y medio es de un color durazno ya deslavado por el tiempo. A partir de ahí, y hasta el techo un papel tapiz amarillento con líneas rojas sólo es interrumpido en un muro por una ventana que da a la pequeña azotea en la que se cuelga la ropa recién lavada. En el cuarto hay una cama matrimonial

con ropa amontonada encima, un viejo taburete gris, un banquito de madera con un cojín forrado de plástico, y una mecedora inmóvil.

Julián entra en el cuarto y se sienta en la mecedora dispuesto a matar un venado.

Impala

De Impala. 2021

A partir d'un certain âge, on s'observe moins au dos des grandes cuillères.
—Natalie Quintane

Desde la esquina el edificio parece un muro plano y rectangular sin atractivo alguno. Como casi todo lo que la había llevado hasta ese lugar, era una simple ilusión óptica. Con dar un pequeñísimo paso a la izquierda, lo que parecía un muro se convertía en un enorme círculo de concreto. Fue hasta que cruzó las puertas de vidrio que se dio cuenta que el edificio podría compararse con una dona. Lo que parecía un círculo de concreto, es más bien una dona de concreto. En el vestíbulo central hay una escultura monumental de hierro. Eva tiene que levantar poco a poco la mirada para contemplarla por completo. Su magnitud la arroba. Sara le pone una mano en el hombro derecho. Dejan sus mochilas en el área de paquetería. Caminan junto a la enorme escultura hacia las escaleras eléctricas y el gigantesco pedazo de metal las vigila. Eva escucha en su cabeza olas chocando contra la escultura. Ninguna la mueve ni siquiera un centímetro, es un obstáculo infranqueable, de una inmovilidad encantadora. Las escaleras eléctricas emiten un zumbido casi imperceptible, Eva toma con una mano a Sara y con la otra el barandal negro y tibio en donde queda la huella del anterior visitante que se paró en ese escalón. Una sala antes hay más de veinte piezas que emulan una mano en diferentes posiciones. Son de tamaño natural y el artista metió la mano en cera caliente, la sacó, e hizo moldes para las esculturas. En una, su mano sostiene su propia mano.

*

Marco entra al cuarto. Están cerca de cerrar el museo y él es el último dentro de la obra. Un cuarto que es un cubo perfecto. En las 4 paredes y techo hay sostenidas sólo con alfileres cientos de páginas de lo que podría imaginar varias libretas iguales. Las hojas deben ser más pequeñas que un tamaño escala. Unos cinco por nueve centímetros cada una. El piso está también protegido por tan peculiar tapiz, pero ahí las hojas están cubiertas por cera. Marco dejó en la entrada de la obra, debajo de un sillón de piel y sin respaldo, sus zapatos. Tiene que entrar descalzo para no dañar el piso de la pieza. En dos vértices superiores del cuarto hay ventiladores encendidos y moviéndose con lentitud de un lado hacia otro. Las hojas sujetadas con alfileres se mueven creando un sonido parecido al del aleteo de un ave pequeña. En el centro, una vitrina muy grande tiene dentro dos cabezas de lechuga y más de una treintena de caracoles que llevan ya alimentándose de ellas más de una semana. Cada hoja tiene anotado algún dato importante de recordar para la artista. Fechas de cumpleaños, nombres de amigos, citas, viejas reuniones que no se quieren olvidar, cuadros descritos a detalle para recordarlos un poco. Marco se queda parado justo frente a la vitrina, nota en el piso una huella de cera derretida. Pone su pie encima de la huella con la inofensiva idea de comparar sus tamaños.

*

No eran importantes, todos vamos olvidando cosas conforme avanza la vida. En alguna región de nuestro cerebro se remplazan imágenes con versiones del mismo recuerdo. Olvidamos apellidos, caras, repartos de películas que vimos hace mucho tiempo. Ana ha olvidado por primera vez el nombre de un arquitecto con el que trabajó en una instalación hace más de veinticinco años. Cree recordar una barba, pero no está segura. ¿Fue también él con quien alguna vez tomó una copa de vino en un café escondido en la esquina de un parque? Ana busca el parque, busca la cara del

hombre, pero nada vuelve. Semanas después, no recuerda haber perdido ese fragmento de su vida para siempre. Olvidará más lugares, más personas. Llegará a olvidar el nombre de su hija.

*

Sara se sienta en un pequeño sillón de piel sin respaldo y observa cómo Eva se quita los tenis. Cuando se agacha para empujarlos bajo el sillón, Sara besa la parte trasera de su cuello, justo en donde tiene tatuado un impala de largos cuernos. Todavía encorvada Eva voltea a mirarla con los ojos brillantes de lágrimas. Aprieta los párpados con mucha fuerza y se levanta decidida. Sara la ve entrar como si diera un paso al vacío, como si el marco de la entrada fuera la puerta abierta de un avión a treinta y nueve mil pies del suelo.

*

Ya son decenas de libretas en las que ha ido anotando todo lo que considera importante recordar. Hace profundos esfuerzos para encontrar en su ahora delicada memoria información que ruega no extraviar. El cumpleaños de su hija es de los últimos datos que escribe. Decide detenerse aún con la mente lúcida para una última tarea.

*

Eva busca en las paredes. Encuentra su nombre junto con su fecha de nacimiento. Observa a un caracol que devora con absoluta lentitud un pedazo minúsculo de lechuga. Siente cómo sus pies sudan sobre la cera.

*

Ana camina al mercado cercano. Compra las lechugas más frescas y verdes que encuentra. Tarda mucho en comprar los caracoles.